

las puertas de la cárcel. Nadie, excepto los funcionarios públicos, la acompañó hasta allí, nadie le dijo adios, ni una mirada de compasión le dirigió ninguno de sus carceleros.

El tránsito del calabozo á las puertas de la prision lo hizo sola, es decir, ella delante con las manos atadas atras, Samson á retaguardia con el cabo de la soga asegurado, sus dos ayudantes y el clérigo inmediatos y dos filas de gendarmes, con fusil al brazo, cubriendo los flancos. En tal disposicion la reina de Francia, hija de un emperador, marchó al cadalso.

Quizás á esa misma hora miles se hallaban de rodillas ofreciendo á Dios sus fervientes oraciones por el alma de la que iban á guillotinar, y allá en el fondo de sus corazones le daban el título de reina; quizás miles de seres compasivos derramaban lágrimas de piedad, por la infeliz mujer que caminaba á la muerte en una miserable carreta, como el criminal mas abyecto de un pueblo cristiano. Pero, aunque respetable el número de los que oran y lloran, se han retirado á la soledad de sus aposentos y solo Dios ve su llanto y escucha sus oraciones. Secos están, inyectados de sangre los ojos de aquellos que, por el contrario, se gozan en el sacrificio de la reina, como víctima expiatoria de crímenes que otros cometieron; y esos no tienen miradas de simpatía, lágrimas de piedad.

Se puede decir sin hipérbole que todo París presenció el cruento espectáculo de la decapitacion de María Antonieta. Las calles, las ventanas, los techos de las casas estaban coronados de gente, y la plaza de la Revolucion, hoy la Concordia, matricialmente era un mar hirviente de cabezas humanas.

Los tambores de la guardia estacionada delante de la Conserjería empezaron á batir, desde ántes de ponerse en movimiento el lúgubre séquito. La reina iba sentada al lado del clérigo, con la espalda vuelta hácia la direccion de la carreta, la cual tiraba un caballo blanco normando, que montaba el calesero al modo que se practica hoy en la isla de Cuba. Samson y sus dos ayudantes iban tambien sentados, mas de frente.

No habia quedado gota de sangre en las mejillas de la reina. Sus ojos sí estaban enrojecidos, pero era de haber llorado su desventurada suerte y por los seres caros á su corazon, desvalidos por añadidura, que dejaba á merced de sus crueles enemigos. Ya no lloraban mas; léjos de eso, paseaba la mirada grave y serena por encima de la masa viviente, subiendo despacio y por grados, del ras de la calle hasta los mas altos techos de las casas, y luego abajo y á lo léjos sobre aquel mar de rostros humanos sin límites.

El suyo estaba frio y grave como su mirada, y tenia los labios fuertemente comprimidos. Si sufría las agonías de la muerte, ó si flaqueó su espíritu animoso ante los centenares de miles de ojos que estaban clavados en ella con expresion de odio, de desprecio, ó de mera curiosidad, no lo reveló el mas mínimo estremecimiento.

En tal disposicion de ánimo se hallaba María Antonieta que se puede asegurar con verdad, que no perdió de vista ninguno de los objetos notables que encontró en su tránsito. Vió léjos una mujer, que por encima del mar de cabezas, alzaba su niño en los brazos y que este se tocaba la manita con los labios y le tiraba un beso amoroso.

Entónces, perdió por un instante las fuerzas, le temblaron los labios y una lágrima empañó el brillo de sus ojos. Aquel solitario signo de simpatía humana, reanimó el corazon de la reina y le dió nueva vida.

Pero buen cuidado tuvo el populacho de que no llevase María Antonieta hasta el fin de su jornada esta gota de consuelo, porque rodeando la carreta las insultadoras de profesion gruñian, chillaban, hacian señales irrisorias, cantaban, palmoteaban y apuntaban con el dedo en son de burla para madama Veto.

Esto no fué bastante, sin embargo, para turbar la ecuanimidad de aquella heróica mujer. Por encima de la multitud paseaba su mirada altiva y serena, sin que cambiase su expresion habitual, mas que una vez, cuando pasó por delante del Palais-Royal, donde vivia Felipe Egalité, ántes duque de Orleans, y leyó la inscripcion que él habia hecho trazar en el arco de la puerta principal del palacio.

La carreta llegó á su destino á medio dia. Paró al pié del mismo patibulo. Se desmontó María Antonieta y despacio, con paso firme subió las gradas.

Hasta allí no se abrieron sus labios una vez, no se le escapó una queja siquiera, ni dijo una palabra de adios, pues el único que dió á la tierra, fué en una larga é intensa mirada que dirigió al palacio de las Tullerías. Al descubrir sus altos muros palidicieron mas sus mejillas y á pesar suyo exhaló un hondo suspiro.

En seguida colocó la cabeza bajo la cuchilla, siguióse un momento de silencio y suspension, y á poco el verdugo levantó en el aire la triste cabeza de la que habia sido la reina de Francia. Entónces resonó el grito de ¡Viva la República!

En la noche de ese mismo dia se formó la cuenta que hoy se encuentra en la biblioteca real de París, la cual reza como sigue:—Costo de los entierros, dirigidos por Joly, sacristan de la Magdalena, de las personas condenadas por el tribunal de la comision de salvacion pública, á saber, N.º 1 . . . Siguen veinte y cuatro nombres y números y al llegar al N.º 25, se lee:

VIUDA CAPETO.

Por el ataúd 6 francos
Por sepultura 25 francos

Debajo se ven estas palabras: Visto y aprobado por mí, presidente del tribunal revolucionario, que Joly, sacristan de la Magdalena, reciba la suma de doscientos sesenta y cuatro francos del tesoro nacional, París, 11 brumario, año II de la república Francesa. Herman, Presidente.

El entierro de la reina de Francia no le costó á la república mas de treinta y un francos, ó seis pesos de nuestra moneda.

CAPÍTULO XXV.

EL REY LUIS XVII.

HABIA ganado la república una victoria completa sobre los lirios de la monarquía France

ja. Dormían su último sueño en sus oscuros é ignorados sepulcros, del cementerio de la Magdalena, el rey Luis XVI y María Antonieta. En la guillotina había perecido la monarquía, repitiendo triunfantes los predicadores de la libertad, la igualdad y la fraternidad, que no volvería á florecer en el suelo Frances.

Pero á despecho de estos pronósticos se oscurecía la frente de los caudillos de la república y se apoderaba de sus corazones extraña inquietud, cada vez que sus miradas se fijaban en el Temple, aquel grande y lúgubre edificio, cuya siniestra sombra parecía aguar las mas risueñas ilusiones de libertad ilimitada. ¿Era el sentimiento de su regicidio, avivado por la presencia del que fué cárcel de los reyes? Aquellos corazones de bronce no conocían el pesar. Cuando los héroes de la revolución pasaban por la plaza de la Guillotina, donde habían perecido las víctimas reales, sus ojos brillaban de orgullo y no se bajaban ante los dos sepulcros de la Magdalena.

Lo que causaba su inquietud y mal humor era la presencia en el Temple de un tercer cautivo, el mas inocente de todos y el ménos capaz de hacer daño á la república, en toda apariencia. Dicho cautivo era un muchacho de ocho años de edad, pero los legitimistas, y los había aun en gran número en el país, le llamaban rey de Francia. Los clérigos no juramentados en la Vendée, luego que concluían la misa diaria por el alma del rey asesinado, alzaban las manos al cielo y rogaban á Dios, concediera gracia y libertad al joven cautivo del Temple, el rey Luis XVII.

Ha de confesarse que entre los realistas y legitimistas había muchos que se acordaban del joven preso con amargura y cólera, no faltando quienes le acusaban de calumniador de su madre; como si el pobre muchacho supiera lo que había hecho cuando puso su firma al pié de un escrito que le presentó su atormentador Simon, ni cuando dijo si ó no á las preguntas que le hicieron los jueces, siempre bajo la amenaza del castigo corporal.

El pobre niño temeroso de los puñetazos y puntapiés con que le maltrataban siempre que hacía ó decía algo que desagradaba á Simon y á su mujer, á fin de evitar el castigo, dijo que sí ó no, segun que á su juicio agradaba el uno ó el otro de ambos monosílabos. No de otro modo suscribió el papel que se presentó en el tribunal como prueba de la depravacion de su madre.

Célebre se ha hecho la respuesta que ella dió á los jueces, cuando á sus repetidas preguntas de si era ó no cierto el cargo, contestó dirigiéndose á la parte femenil del auditorio:

—Apelo al corazón de todas las madres presentes.

A ese feísimo cargo alude Maria Antonieta en la carta que le escribió á Isabel en la noche precedente al dia de su ejecucion.

—Deseo que mi hijo no olvide jamas las últimas palabras de su padre. Las repito aquí expresamente:—No procure nunca vengar nuestra muerte. Hablemos ahora de un asunto que me causa hondo pesar. Sé que este niño te ha dado muchas molestias. Perdónale, querida hermana, y piensa que es muy joven y que es muy fácil inducir á un niño á decir lo que se quiere que diga, mucho mas aquello que

no comprende. Espero que llegará dia en que sepa apreciar lo que valen la bondad y ternura que has tenido tú con mis dos hijos.”

A tiempo mismo que ella escribía estas memorables palabras, Simon y su mujer, que tenían orden de la Convencion de velar atentamente, no fuese que los legitimistas hicieran un esfuerzo sobrehumano para arrebatarse el delfín, disputaban con calor sobre si la ejecucion tendria lugar ó no el dia siguiente. Simon, en tono alegre y de convicción sostenía que sí; su esposa lo dudaba.

—Ella es hermosa todavía, argumentaba con hosco aspecto, sabe hablar cuando le conviene y logrará mover á los jueces, que al fin son hombres.

—Pero la justicia es mujer, replicaba el marido con aire dogmático, y no habrá palabras que la muevan.

Mas como la mujer continuase la disputa, Simon le propuso una apuesta, reducida á que si no guillotinaban á la reina de Francia ántes de las doce del dia siguiente, el perdidoso comprase aguardiente y panetela para una fiesta por la noche.

A la mañana siguiente Simon con el pequeño prisionero subió al techo de la torre, desde el cual se gozaba una vista panorámica de las calles de París, juntamente con lo que pasaba en ellas.

Antes de eso la mujer había salido del Temple con la labor en el ridiculo, porque era fuerza que acudiese bien temprano á la plaza de la Revolución si quería alcanzar puesto y consideraba como una desgracia no ver caer la cabeza de la loba, ni marcar el hecho con doble vuelta en la calceta.

—Olvidas, al parecer, Juana María, le observó Simon, que si haces la doble marca, pierdes la apuesta.

—No lo olvido, contestó ella; preferiría perder todas las apuestas del mundo mas bien que no hacer la marca. Consideraría como una desgracia ganar la apuesta. Sube á la barandilla de la otra torre con el lobato y espérame, que tan pronto como haga la marca en la calceta, vendré corriendo á enseñártela.

—Qué siento no poder ir contigo! dijo Simon suspirando. Me alegraría no haberme comprometido jamas á educar el chico Capeto. Es trabajo pesado, fuera de que nunca puedo salir y soy tan prisionero en el Temple como él.

—Mucha es, sin embargo la honra que te ha hecho la república, observó la calcetera con solemnidad. Confía en que podrás hacer un hijo de la república, un ciudadano útil, del hijo de la loba, del vástago inútil de los tiranos.

—Bien dicho! contestó Simon satisfecho. Pero á ti sola te cabe el honor del encargo, fuera de la satisfaccion de quemarle un poco la sangre al descendiente de nuestros opresores.

—¿Satisfaccion de quemarle la sangre, dices? repitió la calcetera. De vengarme, por todos los males que sus padres hicieron á mi familia.

—Pero yo, continuó Simon, yo tengo ciertamente el honor, mas tambien el peso del encargo. En primer lugar, es tarea difícil hacer un ciudadano útil y robusto de la república de este chico enclenque, pálido y enfermizo; en segundo lugar es duro y desagradable consti-

tuirse uno preso para desempeñar el cometido con decencia.

—Escucha, Simon, le dijo ella poniéndole la mano en el hombro. Si la Austriaca paga hoy por sus crímenes, te prometo abandonar mi puesto de calcetera en la guillotina, quedarme aquí en el Temple y ayudarte en la tarea de educar al pequeño Capeto. Tú mismo puedes hacerle la proposicion al inspector de las prisiones.

—Acepto tu ofrecimiento, Juana María. Así la carga no será tan pesada. Pero ve, corre á la plaza de la Revolución, no sea que pierdas el puesto y la apuesta.

Durante esta disputa y conversacion de los dos carceleros Luis Carlos se hallaba en su cuarto, sentado en una silla desvencijada de paja, esperando á su maestro para que lo sacara á respirar el aire libre.

—Ven, Capetico, le dijo en efecto Simon abriendo la puerta con la punta del pié. Vamos al techo de la torre. Puedes traer la pelota para juzgar. Y te advierto, añadió inclinándose y sacudiéndole el dedo índice, que has de mostrar alegría, porque hoy es dia de fiesta para la república, y ni deber es enseñarte á ser buen republicano. Así si quieres librar tus espaldas de mi tirapié animate, pon la cara alegre y juega.

—¡ Ah! exclamó el niño saltando con su pelota en la mano. Sed bueno conmigo, maestro, y de seguro estaré alegre, porque me gusta juzgar y soy amigo de los dias festivos. ¿Qué fiesta se celebra hoy?

—No te importa saberlo, renacuajo; repuso Simon de malísimo humor, porque á pesar suyo le inspiraba compasion el rostro pálido del niño vuelto hácia él con expresion indefinible de inocente curiosidad. Arriba! y á jugar y reír se ha dicho.

Obedeció Luis sonriendo, á saltos subió la torcida escalera, y cuando estuvo en la azotea, empezó á lanzar al aire la pelota, dando un grito de regocijo y triunfo cada vez que la recibía en las delicadas manitas.

Mientras el triste niño jugaba, Simon apoyado con ambas manos en la baranda de la azotea, paseaba sus ojos á lo largo de las calles, las cuales á manera de cintas se angostaban hasta perderse á lo lejos en oscuras casas.

El viento no tardó en traerle el redoble de los tambores. Luego vió las calles mas cercanas llenas de una masa oscura en movimiento, como si la cinta se hubiese convertido de repente en una tira de crespon.

—El pueblo está en movimiento! exclamó Simon regocijado. Por miles corre á la plaza de la Revolución. De seguro gana la apuesta.

Volvió á poner el oído y le pareció escuchar primero el redoble de los tambores y luego un gran grito de entusiasmo.

—Samson debe estar desempeñando ahora mismo su obra, agregó Simon. Si habrá caído la cabeza de la loba. Ese grito de exaltacion lo indica. Juana María ha hecho la marca en su media, y yo, pobre de mí, no puedo presenciar el espectáculo. Y este chiquillo tiene la culpa; gritó volviéndose de repente para él que seguía el juego de la pelota, y le pegó un puñetazo.

—Maestro, le dijo el niño en tono de súplica y los grandes ojos llenos de lágrimas; maestro, si os he molestado en algo os pido perdón.

—Sí, tú me has molestado; replicó Simon. Pero ya la pagarás con las setenas. No mas lágrimas, listo! Adelante con el juego si no quieres que te mida las espaldas con el tirapié. A reír se ha dicho, Capetico.

El muchacho se enjugó las lágrimas prontamente, rió en prueba de su contento, y prosiguió en sus saltos y juegos, como si ya no le doliese el golpe.

Y Simon volvió á asomarse y escuchar el rumor que hacia el movimiento de las gentes por las calles. A poco tambien resonaron en la escalera de caracol los pasos de una persona que subía de prisa, y en efecto, apareció en la azotea la mujer de Simon. Dirigióse á su marido con aire grave y solemne y dándole una media en que había tres gotas de sangre, le dijo:

—Esa es su sangre. Gracias á Dios, perdí la apuesta.

—¿Qué apuesta? preguntó el muchacho que paró el juego viendo entrar á la mujer con la media en la mano.

—¿Qué te va ni te viene á tí en ello? le repuso la Juana María. Si te portas bien, sin embargo, participarás de la apuesta.

Esa noche, en efecto, se celebró una fiestecita en los oscuros cuartos de Simon, pagando su mujer la apuesta, pues que la había perdido, con la ejecucion de la reina de Francia. Compró ella dos botellas de aguardiente, unas panetelitas y un pastel de ciruelas, haciendo de este modo que el hijo bebiese y comiese en celebracion del asesinato público de su madre. Del pastel participó con gusto, pero si ebíó del aguardiente fué por puro temor á los golpes, en caso de negarse.

Desde entónces el infeliz muchacho quedó bajo el poder del zapatero y de su cruesposa. En vano la tia y la hermana solicitaron con instancia el verle y pasearse con él algunas veces. Siempre se le negó la solicitud con palabras brutales y si le veían era muy rara vez y eso á través de una hendidura de la puerta, cuando pasaba con Simon en camino de la escalera de caracol.

Como ya este había cesado de ser portero, se había pasado á los cuartos que estaban debajo de los de las princesas, las cuales frecuentemente oían el llanto y los quejidos del desgraciado príncipe y se llenaban de indecible angustia, porque sabían bien que el rudo tutor le daba una leccion á su infeliz pupilo, es decir, le agolpeaba sin misericordia.

¿Por qué razon? Hoy, quizas, porque se negaba á beber aguardiente; mañana, porque aparentaba tristeza; al otro, porque manifestaba deseo de ver á su madre, hermana y tia; ó porque se resistía á cantar la insolente canción que le enseñaba su tutor sobre madama Veto ó la loba Austriaca.

Sobre esto último el muchacho se mantenía firme: amenazas, malas palabras ni golpes le hacían cantar canciones injuriosas acerca de su madre: á todo lo demas se prestaba por temor. Así aprendió á cantar la *Marsellesa*, y el *Ca ira*, á bailar la *Carmañola* y á dar vivas atronadores, siempre que Simon bebía un vaso de aguardiente, cosa que hacia con frecuencia, á la salud de la república. Pero cuando le mandaban cantar las canciones compuestas para vilipendiar la memoria de su madre, entónces guardaba tenaz silencio y nada podía

vencer lo que llamaba Simon la obstinacia del viborezno.

De tal modo le habian amenazado y maltratado que al fin no se atrevia a preguntar por su madre, por su hermana ó por su tía. A veces, sin embargo, cuando oia pasos en el piso del cuarto superior, clavaba los ojos en el cielo raso por largo tiempo con expresion de hondo deseo y luego surcaban sus mejillas lágrimas como transparentes perlas.

No hablaba de su madre, mas pensaba continuamente en ella. Una noche sobre todo pareció que soñaba con ella, pues se incorporó en la cama, se arrojó en el roto y sucio colchon, cruzó los brazos sobre el pecho y empezó á recitar en alta voz la oracion que Maria Antonieta le habia enseñado.

El ruido despertó á Simon, quien despertó á su mujer, para que oyera al rapaz supersticioso, cuya necesidad se proponia curar de raíz.

Con este propósito saltó de la cama, cogió un jarro de agua fria, que habia en una mesa, y lo vertió todo en la cabeza del niño arrojado. Despertó dando un chillido y alarmado se acurrucó en la cama; pero toda ella se movió, con excepcion de la almohada, por lo cual poco despues se levantó el muchacho con ella bajo el brazo y fué á sentarse en un rincon del cuarto. Del frio daba diente con diente, como quien padece quartana, á cuyo ruido volvió á despertarse Simon, precisamente cuando empezaba á dormirse, y haciendo un juramento atroz, volvió á saltar de la cama.

—Eso es, exclamó la mujer, haz entrar en juicio al chicuelo. Que aprenda á conducirse como debe.

Y Simon se lo hizo entender. Agarrándole por los hombros, mientras temblaba con la camisa mojada sentado en la almohada, le sacudió con fuerza y enojo grande y le dijo: Te voy á enseñar el Padre Nuestro y á levantarte á deshoras de la noche como un fraile de la Trapa.

El silencio del muchacho, aumentó el enojo del zapatero, como sucedia siempre que creia que le despreciaban. Cogió una de sus botas, cuya suela estaba claveteada de clavos gruesos y se hallaba á punto de descalabrar con ella la cabeza del inofensivo niño, cuando le echó mano por el brazo y le dijo asustado:

—¿Qué os he hecho, maestro, para que queráis matarme?

—¿Matarte yo, lobezno? gritó Simon. Como si yo lo quisiese ó jamas lo hubiese querido. ¡Ah! Malvada vibora. ¿No sabes pues que si yo te apretara un poco el pescuezo, no volverias á chillar en toda tu vida?

—Dicho lo cual, agarró al muchacho por un brazo y lo arrojó en la empapada cama. Sin decir palabra, sin exhalar una queja, Luis Carlos se quedó en la posicion en que cayó y hasta la mañana siguiente allí se estuvo temblando y dando diente con diente.

Nuevo cambio se operó en el niño desde esta época. Antes sus ojos humedecidos se fijaban con expresion de súplica en los que le atormentaban y amenazaban, ahora no los levantaba del suelo. Hasta allí habia procurado cumplir los mandatos de su maestro con prontitud; ahora le era indiferente, no se esforzaba, porque estaba convencido que no le valia de nada, y que debia resignarse á su suerte. El

rostro del niño no ha mucho sonrosado y risueño, tenia marcada la expresion de la tristeza y melancolia que devoraba su espíritu, al paso que se habian hundido sus mejillas. Estaban desfiguradas sus graciosas facciones; para su edad, le habian crecido mucho las piernas, y se le habian encorvado las espaldas, como si le cargasen demasiado el peso de las humillaciones. Así que comprendió el muchacho que se interpretaba torcidamente todo cuanto decia, que se ridiculizaban sus mas inocentes expresiones, haciéndolas motivos de castigos, guardó silencio y costaba mucho trabajo arrancarle una palabra.

Este proceder exasperaba á Simon. En su furia ordenaba al niño que cantara, riera y mostrase contento. Otras veces le mandaba callar y estarse quieto por horas seguidas, sin tocarle siquiera á la jaula, que se hallaba en la mesa y que era la única cosa con que podia ahora entretenerse el pobrecito.

En dicha jaula habia varios pájaros, uno sobre todo que era un autómeta, el cual comia, bebía y saltaba de percha en percha, como un animal viviente, abria el pico y cantaba el aria tan de popular en Francia ántes la revolucion: —Oh! Ricardo! Oh, mi rey!

Este juguete se habia encostrado entre los muebles del palacio de la Tullerías cuando le saqueó el pueblo, y allí se quedó, pero recordándolo un oficial de guardia en el Temple, le habló de él á Simon y le indujo á pedirlo por un memorial, para el niño Capeto.

Como ni Simon ni su esposa podian salir del Temple, cada dia se les hacia mas insoporable aquella vida y suspiraban por algo que mitigase el tedio. El, en especial se aprovechó con gusto de la proposicion del oficial y pidió el autómeta, que no tuvieron dificultad en concederle las autoridades. Al principio el juguete complació sobre manera al niño, mas no tardó en cansarse y no ocuparse de él.

—¿Qué es eso? le preguntó el oficial Miller que vino á inspeccionar la prision. Ya no te alegra el pájaro?

—Ese no es pájaro, contestó el delfin con aire melancólico, cosa que pudo hacer porque no se hallaba delante su bárbaro tutor. Me divertiria si fuese pájaro verdadero.

El buen inspector pasó a ver á Simon y tuvo una larga conversacion con él, á fin de propiciarle y alejar la sospecha de demasiada compasion ó cariño por el príncipe. Pero luego que salió del Temple se fué á ver á sus amigos y con lágrimas en los ojos les refirió la vida que llevaba el delfin (así le mencionaban siempre los realistas) y lo mucho que le alegraria tener un pájaro vivo. De este modo Miller consiguió que le regalasen al pupilo de Simon catorce canarios en una hermosa jaula.

Su vista causó á Luis Carlos un mundo de delicias, y fueron de allí adelante su único entretenimiento, especialmente uno ménos arisco que los demas, el cual logró domesticarlo al punto de que le sacaba de la jaula en el dedo índice de la mano derecha, picaba en la boca de su amo, y gorgeaba, como si estuviese en la percha ó en el bosque. Bien para distinguirlo á primera vista, bien por mero capricho, un dia el niño le ató al cuello una cinta rosada, y el pajarito, entendiéndolo al parecer el obsequio, cantó mas alegre que nunca.

Por dicha del triste preso á Simon le gustaban mucho los pájaros, que de otro modo ni ese entretenimiento le habria sido dable, vista la oposicion de la mujer del zapatero, á que jugase con pájaros verdaderos. No obstante; estaba destinado que Luis Carlos no tuviese por largo tiempo aun esa fuente de consuelo en su lúgubre cárcel. El 19 de diciembre de 1793, se celebró la visita del Temple, y precisamente en el momento en que los inspectores entraban en el cuarto del preso, el autómeta empezó á cantar el aria de que ántes hemos hablado.

Detuvieronse los funcionarios en el quicio, como si los hubiese petrificado el de-acato del autómeta, del cual, sus miradas coléricas y frias, se pasaban al muchacho, que sentado en su silla de paja, no apartaba la vista de los pájaros, como si fuese otro autómeta.

—¿Qué significa esto? preguntó uno de los inspectores acercándose á la jaula luego que el autómeta repitió el canto. ¿Quién se atreve conservar este recuerdo de la monarquía en medio de la república?

—Mirad, mirad, ciudadano, observó otro, la orden que lleva uno de los pájaros. Claro es que los antiguos hábitos aun reinan aquí, cuando se concedoran los pájaros porque no se puede conceder á los hombres. La república prohíbe semejantes distinciones.

Diciendo esto, metió la mano en la jaula, cogió por el cuello al canario de la condecoracion y se lo apretó de manera que le ahogó en un instante; y de seguida le estralló contra la pared del cuarto.

No dijo palabra el niño, no exhaló una queja, sino que siguió con la vista á su muerto pajarito, á cuya triste y cruel suerte consagró dos lágrimas, única expresion que no le habian vedado sus carceleros.

En el informe que extendieron los inspectores al dia siguiente, dieron cuenta de la ocurrencia en términos de la mas justa indignacion, porque segun se expresaron, estaban convencidos que los secretos realistas estaban mezclados en el negocio, al parecer inocente, de condecorar un pajarito y en la conuna se registró el hecho bajo el titulo de la conspiracion del canario.

Al momento, pues, fueron lanzados del Temple aquellos alados conspiradores, junto con el autómeta, cantador de canciones reales, teniendo Simon el doble disgusto de la reprimenda que le propinaron las autoridades por su falta de vigilancia y celo, y de la pérdida de aquellos alegres compañeros de prision. La culpa de todo aquel escándalo la tenia el chiquillo Capeto.

—Este viborezno maldito me ha quitado el sueño, gruñó Simon á la mañana siguiente. Tengo la cabeza como una bala de pesada, y me veo en el caso de tomar un baño de piés.

Se lo preparó su mujer, se lo puso delante, y luego se volvió al oscuro rincon del cuarto, donde á menudo pasaba horas sentada, contemplando sin moverse, su calendario de la revolucion, esto es, las medias con las marcas de las cabezas tronchadas por la guillotina.

Mientras Simon tomaba el baño caliente, sus malignos ojos examinaban ya á su mujer, en otro tiempo tan animada y resuelta, ahora triste y abatida; ya al muchacho, quien, desde que le quitaron los canarios no habia dicho pa-

labra, hecho una exclamacion, ni moviéndose casi de la silla rota, con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista fija en el sitio donde cayó muerto su pájaro favorito.

—Esta vida es capaz de volver á uno loco, murmuró en tono feroz. Capeto, añadió alto, coge la toalla, caliéntala á la chimenea y ven á enjugarme los piés.

Luis se levantó despacio y se puso á ejecutar la primera parte de la órden que le habia dado su rudo tutor; pero el calor del fuego le abrasó la cara y las manos, de modo que se le cayó la toalla y ántes de que tuviese tiempo de retirarla ya ardía que era un primor.

Simon exhaló una exclamacion de rabia, y como por tener los piés en el agua, no pudiese alcanzar al muchacho, le llenó de maldiciones é improprios, sin perdonar á su padre ni á su madre, hasta que se puso ronco de tanto gritar.

Engañado por la tranquilidad que se siguió, Luis cogió otra toalla, la calentó con mas cuidado, y luego cautamente se aproximó á su maestro para secarle los piés. Dejóle este desempeñar la tarea á sus anchas y no bien concluyó le pegó tal puntapié que fué rodando el muchacho gran trecho, dando un fuerte costalazo en el suelo. No exhaló un quejido. Á pesar del dolor, y esto fué lo que quizás exasperó mas al zapatero. Lo cierto es, que se levantó enfurecido, y empezó á pegarle con piés y manos, y le hubiera hecho saltar los ojos de sus cuencas, como juró, de un puñetazo, si de repente, con gran admiracion, su esposa no le hubiera contenido el brazo, ya levantado para descargar el golpe.

—¿Qué es eso Juana Maria? le preguntó. Por qué me sujetas el brazo?

—Porque no quiero que le mates á golpes; contestó ella con voz bronca.

—Veo, repuso él dando una carcajada, que la calcetera de Robespierre se compadece del hijo de la loba.

—No, no, no me compadezco de él, dijo ella estremeeciéndose y sonándole algo en el pecho como el borborismo del agua, en cuyo acto se quitó el pañuelo que tenia atado al pescuezo, cual si estuviese muy apretado y le faltase la respiracion. Pero es claro, que si le mates á golpes, te llevan á tí á la guillotina, siquiera no sea por otra cosa, que para probar que no te dieron órden de matar al Capetico.

—Cierto, dijo Simon, dices verdad Juana Maria. Me alegro que me lo recuerdes, porque eso muestra que aun me quieres. Sí, sí, conviene andar con cuidado. Bueno es pegarle al viborezno cosa que no muerda, pero no tanto que muera.

Tornó ella á su rincon y á su inmovilidad, y él dirigiéndose al muchacho, le gritó:

—Levantate, culebra maldita y quitate de mi presencia.

El pobre niño arrastrándose casi se encaminó hasta el lavamanos y allí se lavó las lastimaduras y la sangre que le corria de la nariz y la boca, todo esto con mucho trabajo y tembloroso.

En aquel instante salió del rincon donde estaba la mujer del zapatero, un ruido extraño y gutural, como grito, medio sollozo, y cuando Simon revolvió en torno los ojos, se encontró con la Juana Maria en el suelo sin movimiento, habiéndose caído en un desmayo.

La levantó él en sus fuertes brazos y la acostó en la cama, mostrando en todo la mayor ansiedad y sentimiento.

—No debe morir, murmuró mojadole las sienes con agua fría. ¿Qué es de mí si me deja solo en esta lúgubre prisión y con este maldonado chicuelo? Juana María, despierta. Vuelve en tí. (Ella abrió los ojos, y miró á su marido con aire de espanto.) ¿Qué te pasa, Juana María? agregó él. ¿Qué te duele? Estás enferma?

—Sí, contestó ella en voz apagada, estoy enferma.

—Voy á llamar un médico, no quiero que te mueras. No, no. Un médico. El hospital de caridad está inmediato, y no se tendrá á mal que yo vaya hasta allá por un médico para mi querida Juana.

—No te vayas, le dijo ella cuando se preparaba para salir. Quédate. No me dejes sola con él. Le tengo miedo.

—¿De quien tienes miedo? le preguntó Simon sorprendido. ¿De ese? agregó en tono del mas alto desprecio, cuando siguiendo el rayo visual de los ojos de su mujer se encontró con el niño todavía ocupado en contener la sangre que le fluía de la nariz.

—Sí, contestó la mujer en tono bajo. Le tengo miedo, no quiero quedarme sola con él, me mataría.

—Veo que en realidad estás enferma, dijo Simon dando una gran carcajada. Preciso es que te vea el médico. Pero no me es permitido salir de aquí, porque somos los presos de este miserable chiquillo.

—échale de aquí, dijo Juana María en el mismo tono medroso y bajo. Que se marche para su cuarto. No puedo soportar su presencia, me envenena la sangre. Despidete, porque pierdo el juicio si le miro por mucho mas tiempo.

—Márchate, culebra ponzoñosa! gritó Simon. Y el muchacho, que sabia lo que esto significaba, se enjugó á la carrera y á las callanditas se metió en su oscuro cuarto.

Entonces Simon bajó á llamar al mandadero del Temple y le ordenó fuese en busca de un médico al hospital de Caridad. A la vuelta, que fué breve, comunicó á su mujer lo que acababa de ordenar, y ella muy abatida le dijo:

—Disparate. No hay médico que me cure. No necesito medicina. Dame algo que beber, porque me arde la garganta y luego llama al chico Capeto, porque en el cuarto oscuro le brillan los ojos como candelas y no lo puedo soportar.

—Juana María está verdaderamente enferma, murmuró Simon, dándole á beber un vaso de agua. Tiene fiebre, y es menester darle gusto, ó de lo contrario se arrebata, y tal vez se vuelve loca.

En seguida llamó al niño en voz alta é imperiosa, acompañando el llamado con los epítetos injuriosos de costumbre. Obedeció, por supuesto, sin chistar y se sentó en la silla desvencijada, donde generalmente se sentaba cuando sucedía que no estaba en su cuarto.

—¿Que no me mire! gritó Juana María. Dile que no clave en mi corazón sus espantosos ojos azules. Me hacen daño.

—Vuelve la cara á la pared, viborezno! le dijo Simon. Mira otra vez para acá y te saco los ojos de un puñetazo.

En aquel punto se abrió la puerta del corredor, y entró un anciano encorvado con peluca empolvada, vestido de casaca y chaleco de raso negro, calzon corto, medias largas de seda, zapatos con hebillas y apoyada la mano derecha, en una caña de Indias con puño de oro.

—Bien, dijo Simon riendo. ¿Qué estantigua es esa? ni qué busca aquí?

—Nada necesita de la estantigua, contestó el anciano sin enojo, el ciudadano Simon si necesita de ella. Vengo porque me han llamado.

—¡Ah! ¿Sois vnes el médico?

—Sí, amigo mio, soy el ciudadano Naudin.

—Naudin? El primer médico del hospital?

—¿Y venis para ver á mi esposa?

—¿Sorprende eso al ciudadano Simon?

—Sí, no lo puedo negar. Porque me han dicho que el ciudadano Naudin, el médico mas hábil de Paris, no sale nunca del hospital, ni aun para ir á ver á la Austriaca, cuando era reina y mandó á buscarle. Al ménos así me lo ha contado el gran doctor Marat. Es verdad que la Austriaca, fué desde Versailles á consultar al doctor Naudin en el hospital, y sois vos el mismo doctor en persona?

—Así sucedió como se lo han contado al ciudadano Simon y yo soy el doctor Naudin en persona.

—¿Y salis del hospital para venir á visitar á mi esposa enferma? preguntó Simon no poco pagado de aquella marca de condescendencia.

—¿Por ventura no pertenece vuestra esposa al número de mis pobres y enfermos? No es ella una mujer del pueblo, del querido pueblo Frances, al cual he consagrado mis servicios y mi vida? Por una reina el doctor Naudin no se sentiria dispuesto quizas á dejar su hospital, por una mujer del pueblo si, siempre, á todas horas. Ahora bien, ciudadano, veamos á vuesta esposa, ya que no vengo aquí á charlar.

En diciendo esto el médico se dirigió al lecho, se sentó cerca de él y desde luego empezó á examinar el estado de la enferma, quien le alargó una mano febricitante y en voz casi inaudible contestó á sus preguntas sobre los síntomas que sentia y la causa probable de su enfermedad.

Durante este exámen el zapatero estuvo de pié al extremo de la cama, contemplando al médico entre sorprendido y admirado con sus maliciosos ojicos. Detras de él, en un rincon, continuaba sentado, en silencio é inmóvil, el hijo de María Antonieta; el cual, á pesar de la prohibicion se habia vuelto hácia la cama y miraba en torno. Pero sus miradas no iban dirigidas á la la calcetera de Robespierre, sino al extraño señor, sentado á su lado. Su casaca de raso, sus medias de seda, sus calzones, grandes hebillas de oro, chaleco bordado de realce, y los vuelos de encaje de su camisa, le recordaban al vivo los caballeros que en Versailles iban á pagarle córte á sus padres y besarles la mano.

—¿Por qué me mirais con tal fieza, ciudadano Simon? le preguntó el médico luego que concluyó el exámen facultativo.

—Me sorprende en verdad, contestó Simon, estoy asombrado, y esto es decir mucho es